

DUDA PATRÓN

-Fragmentos-

Federico Spoliansky

El infinitivo escribir me ha traído problemas. Ocupé tres días de febrero repitiéndolo en voz alta, queriéndole doblar la punta para que dejara de ser infinitivo. Un infinitivo tiene algo de cosa militar, pisan los soldados, el sonido busca una silla para sentarse detrás del viento. Sólo hay música en el infinitivo ser cantante.

La vida de una bota es dar pasos, el paso es la respiración de la bota, la respiración que le da vida. El mundo de la bota es una piedrita, un chicle, un boleto, en el caminar aparece la vida debajo de las suelas. Pisé, fuerte pisé el paso que doy, en el paso que di maté, cuando mata la bota respira.

Sería imposible vivir sin pisar. Cuando pisamos perturbamos la vida que existe debajo de las suelas, movemos la suciedad de los otros y no es delito, ¿o sí?, transportar el delito de los otros.

Abarca la historia: Sansón, Atila, María Estuardo, un grano de choclo en el desagüe.

You es estar cerca o lejos cuando se abre la boca, me gusta la palabra boca. *You*, vos, usted, dejar al viento un camino entre los ojales, un camino a la medida de un viento corto entre los dos. *You* podría ser la soledad del Báltico, una altiplanicie, *you* podría ser la soledad del Báltico, una altiplanicie donde hablar.

Toma la ballesta sin saber qué es la caza, es bailarín. Escondido en un palco observo cómo organiza un bosque sobre el escenario. Un bosque no es territorio mudo, es un puente colgante sobre el dosel de los árboles, una cerda sobre el labio, un colmillo en el mentón. Las zapatillas de baile se hacen oír sobre el caucho, embiste la espada, *touché*, sólo es baile si es bongó. Una luciérnaga cosida en las puntas trae luz a una madriguera que jamás se hubiera podido vislumbrar. El bailarín cierra el acto rodeando el lago, ya no estoy reclinado, ahora soy un eucalipto, dejo que me parasite.

Φ

Los rusos son terceras personas. Aturde cuando dicen: Moscú, Moscú, se adueñan de las calles como si un extranjero no tuviera derecho a silbar. Y son pura voz, no sé si creerles cuando dicen que Leningrado es al norte. Viven de valentía prestada. ¿Cuánto dura una valentía si Rusia no está debajo de sus botas?

Lindo como una gallina sobre sus huevos sería apostar y ganarles esta partida: mi lengua tocando el cuerpo enjuto de Lenin.

Es la cara de ruso entre tantas la que vale, la que tengo con mi gorro de conejo. Desde que abrí la boca partí mal, mi cara no es la cara de terceros.

Nadie es dueño de un apellido. Tal vez sea un problema geográfico, algunos nacen en Kursk, otros en Tiflis, y no es tan terrible, ¿o sí?: nacer bailarina Plisetskaya.

El maestro Kohn dijo: No entiendo cuando los poetas hablan.
Ni las ramas de un abedul se dejarían tocar por esa batuta.

-No nos cambian en la aduana -dijo cuando reconoció mi acento,
reduciendo mi andar de rinoceronte a una valija.

Φ

La melancolía se alimenta de las sobras de una lata de anchoas, los restos de una anchoa que puedan encontrarse en una bota.

Me gusta el trote del caballo, la esclavitud de la arena, los collares de Birmania. Siempre que entro en detalles lo hago mal. Si en lugar de escribir cantara liberaría a las mujeres cuello de jirafa, al caballo del bozal. Dejaría a los párpados caer sobre las fundas, sería un níspero, una palta o la cáscara de un coco, no detendría la soberanía del viento. Quedaría el agua, los restos del día, las torpezas del día son el día, no sería necesario desterrarse.

Da miedo pensar que un bozal o una ristra de collares puedan impedir el trote.

Ser testigo.

Sólo el eco del río puede competir con un fuelle de acordeón, el aleteo de un pez en su acuario.

Φ

Siempre que entro en detalles lo hago mal, son pocos centímetros los que se me escapan, así y todo leo un papel, a nadie le importa si es amarillo. Los colores dependen de un banco, una superficie, esta paradoja los mantiene vivos, los colores mueren de hambre pensando, el gobierno del color puede ser infinito y yo, sin la audacia del color, soy el hombre alto que escribe.

Amarillo me satisface, como me satisface el viento cuando pega en mi cara, en los rasgos míos que se endurecen, son una voz dura y estéril, no por eso dejan de ser míos, hablo de ellos en tercera persona, no los puedo ver desde donde estoy, hablo de ellos.

El D.N.I. es tema de criollos, un número detrás de otro.

Los números matriculan al doctor, escrituran deudas, sello al inmigrante, cuentan desperdicio. Hebe Solves se rió a carcajadas cuando le pregunté: ¿Cuántos colores entran en un kilo?, ¿más que un diente de ajo?, ¿cuánta patria se escurre por una rejilla y vuelve condensada en pamperos de silicona?

Ayer es el tumor del que nacen los problemas. Sumando consigo el número total de piedras que tengo en los riñones, volver a las

cuentas integrales que trae el amor. Si no existiera ayer no pensaría en números, los números gobiernan vidas, tendría que retroceder hasta el primer problema, desperdiciar tinta en versos. Basta con saber que la fracción parte la unidad y ya se es poderoso. ¿Qué me queda como premio por haber pensado?

Φ

Debería ser costumbre aplaudir al atardecer, al encenderse una marquesina, caminar respetando el paso del buey, no estropear la decadencia.

Φ

Oscurecía y Penélope me esperaba en *Saint Paul's*.

Es ridícula la aclaración, el novelista que escribe *Saint Paul's* le recorta una catedral a Londres. Son los datos, los plazos fijos de los novelistas hacen que su cola entre en una silla. Un poeta no tiene cola para silla.

Los datos nos desplazan por llanuras, existen ocasiones para entregarse a su voluntad, mentiras en boca de Irene Papas, las dejo colar en la hoja que quería ser limpia.

¿Y si diera datos? ¿Si la insistencia por los datos me obligase a un pisar? Quizás un dato sea algo humano.

Si el dato es un pantano, salta la rana. Si el vestido tiene cremallera cae la cortina del garaje, el mecánico sale detrás de la mujer, no ha sido una emboscada, se baja la cremallera.

¿Y si un dato no fuera tan sólo para completar espacios en blanco de manual? ¿Y fuera qué, entonces? Un contraste.

Equidistancia: En el '94 Brasil gana el mundial y en la calle Osmana 16 de Bosnia, Dragoljub Kunarac y sus hombres violan niñas musulmanas. Se ubica la barra brava en la Escuela de Ingeniería, el aeródromo de Sarajevo.

El globo tiene piolín, ése es el dato del globo. Si escribo: 9 de febrero, me empobrezco, ¿acaso no es así con los datos? Si escribo: 9 de febrero del '95, debo confesar que había cenado en *Thai Pot*, un restaurante tailandés en el West End de Londres.

He sido complaciente, he dado muchos datos: jueves, febrero, amarillo, el globo tiene piolín, sitiados en Sarajevo, he nombrado una catedral de Inglaterra, no existen más los tranvías, una isla detenida en el mar. Mi escritura ha crecido por los datos sin dejar que perturben el zarandeo de las boleadoras debajo de mi mesa en *Thai Pot*.

¡Tantos datos! Saltan como grillos no entregados a morir grillo.

Así me dejan los datos, bizco y atareado por dar más. En los datos no aparecen las personas, sólo urbanismo y ordenanzas, manoseos de obispado y capataz. Llegué el jueves 9 de febrero, la azafata escondió pasas de uva en su chaleco salvavidas. Llegué, creo que

llegué, en los datos no aparece el desconcierto.

Φ